

# EL PODER DE LA GEOGRAFIA EN EL HOMBRE COLOMBIANO



General ALVARO VALENCIA TOVAR

---

Palabras pronunciadas en el acto de  
ingreso a la Sociedad Geográfica de  
Colombia.

---

Sumergirse en la geografía colombiana, adentrarse en su inmenso contexto telúrico de cordillera empinada, de valle tropical, de selva virgen, de páramo yermo, de litoral semidesértico o pluvioso, constituye fascinante experiencia en sí misma. El poder de los elementos se palpa allí, paso a paso, en la soberbia adustez de peñascales y acantilados, en la majestad impresionante de una Amazonia que no parece tener fin, o en la blancura de nieves eternas sobre cumbres volcánicas.

Desde el Caribe tempestuoso por donde parece discurrir la historia al

impulso cambiante de los vientos, hasta los confines de llanura de la Orinoquia o el denso perfil de la selva asomada a las grandes corrientes fluviales, nuestro ser geográfico se desenvuelve sobre panoramas de asombro. Difícil hallar más profundos contrastes en el espacio comparativamente reducido de un millón de kilómetros cuadrados. Desde la ardiente chimenea del Chicamocha aprisionada entre peñascos, hasta la placidez dulce y verdeante de la altiplanicie bogotana donde el río se desenvuelve en acuarelas de indefinible belleza, toda una gama de escenarios en los que la na-

turalidad parece haber plasmado la extensión íntegra de su fantasía.

Y si fascinante resulta esta exploración geográfica, en mayor medida lo es cuando se fija la mirada en el hombre que ha hincado su vida al conjunto calidoscópico de la tierra, en contrastes tan profundos como los del paisaje colombiano. En veces creyérase hallar pueblos diversos y naciones enteramente distintas agrupadas a pesar de sí mismas bajo un solo nombre y convertidas en una entidad nacional. A cada paso una sorpresa, una aparente contradicción, un motivo de estudio y análisis, una incógnita, un por qué interminable.

La trashumancia propia de la vida militar proporciona medio excepcional para medir esta hondura a que dan lugar las influencias poderosas de tantos y tan variados ambientes en el hombre incrustado en ellos por fuerza de corrientes migratorias, de impulsos indescifrables, de búsqueda vital, de similitudes morfológicas con lugares de procedencia, o de simple destino. Naturalmente este indagar carece de sentido científico. Es la observación simple de realidades visibles, adelantada por comparación, sin técnica que la vida castrense no nos da tiempo para allegar. Fruto es más exactamente de la ansiedad por conocer nuestro pueblo, penetrar en sus variadas idiosincrasias, inquirir sobre conductas y proceder, descifrar las anfractuosidades espirituales que las duras barreras impuestas por la geografía andina han producido para diferenciar tan hondamente nuestros diversos arquetipos comarcanos.

El nariñense y el costeño, el antioqueño y el cundinamarqués, el caucaño y el tolimense, el santandereano y el llanero, el payanés y el chocono, diríanse pobladores no ya de diferentes países sino de mundos distantes. Ciertamente es que en la conformación de estas abismales diferencias no tan solo intervienen factores geográficos. El asentamiento de las corrientes migratorias y su superposición a variados elementos aborígenes, tienen mucho que ver en el proceso de formación de nuestros núcleos regionales, pero hasta en ello se advierte la fuerza de la geografía que arraigó al africano a las zonas bajas y ardientes, impulsó al vasco, al asturiano y al cantábrico a la montaña antioqueña, o indujo al castellano y el extremeño a sentar sus reales en las altiplanicies centrales o de las tierras sin clima del alto Cauca.

Sin embargo, no podríamos decir que estas atracciones sedentarias hubiesen marcado pautas claras al asentamiento de la migración ibérica, para engendrar, en combinación con las razas aborígenes, la diversificación sociológica que hoy se advierte en el gran conjunto de nuestra colombianidad. Cuatro siglos de poderosa influencia geográfica han sido los más fuertes determinantes de tendencias culturales, temperamentos, actitudes dinámicas, alientos empresariales, rasgos característicos.

Dentro de esta teoría, el hombre, materia prima inicial, aportó de sus remotos lugares de origen un elemento básico conformado desde antes de su llegada a América por raza y atavis-

mo. Sobre ese barro modelable comienza a actuar la geografía silenciosa en lento proceso formativo que no termina aún, y que va tallando en la arcilla un hombre nuevo y distinto. Pero tan variadas fuerzas naturales no podrían producir obra única. De aquí que no pueda hablarse del hombre colombiano con sentido de unidad, ni podrá hacerse por centurias así la movilidad contemporánea empuje unos sobre otros los núcleos diversificados e influidos por nuestra áspera geografía andina, o condense en las grandes urbes gentes desplazadas de todas las direcciones que registra la rosa de los vientos. En la comarca quedan arraigados grupos inamovibles. Ni se desplazarán, ni llegarán hasta ellos las fuerzas desbordantes que buscan otros ámbitos de mayor atracción gregaria, con lo cual persistirán las diferencias profundas que hacen de Colombia un vasto muestrario de los más diversos tipos humanos que cabe hallar dentro de un mismo país.

Lo paradójico hace también su aparición en el gran conjunto de nuestro pueblo. Único país suramericano asomado a dos océanos, hemos carecido de conciencia marítima. Por qué? No hallaríamos en este hecho en apariencia desconcertante, una contradicción entre la tesis del poder geográfico sobre el comportamiento humano, y la indiferencia hacia los abiertos horizontes del mar?

Quizá en cierta forma sí. Es la paradoja eterna del hombre en cuyos intrincados meandros espirituales no se podrá penetrar totalmente jamás. Pero hay otras explicaciones que vale la

pena intentar. El trópico con su duro esquema de climas ardientes y bajos índices de salubridad agolpó las corrientes migratorias hispánicas sobre la cordillera, generando una cultura andina de perfiles mucho más vigorosos que aquella a que pudiese dar origen la llanura del Caribe, tocada de transitoriedad en los movimientos nómádicos procedentes de España. Cartagena y Santa Marta fueron tan sólo puertos de entrada. Breves puntos de escala en el largo desfile de la aventura. Por otra parte en el Caribe no había oro, y la influencia magnética que este metal de la codicia y la ambición ha ejercido a través de milenios sobre la humanidad, atrajo al español hacia el interior de Eldorado.

Asoma aquí un duelo gigantesco entre la cordillera y el mar, que gana la primera. La dinámica naval partía de España, y América era tan sólo receptora pasiva de los impulsos marinos. Nada propendió a generar una fuerza centrífuga de perfiles oceánicos, porque no había atracción ni incentivo alguno. Nada por descubrir, ninguna empresa que realizar, el mar fué para los ibero-colombianos de los siglos XVI a XIX un simple espacio surcado de rutas invisibles, por donde fluía el desbordamiento ibérico sobre el nuevo continente, o retornaba al lugar de origen lo que no llegase a arraigar en las nuevas tierras. Tres centurias de indiferencia aún gravitan sobre el colombiano de hoy, que sigue de espaldas al mar, absorbido por sus preocupaciones mediterráneas e inmerso totalmente en su mentalidad andina.

Y el Pacífico? Por qué ese litoral que no fué sino en mínima parte elemento receptor de corrientes nomádicas, no engendró en sus pobladores espíritu de navegantes? Sin duda, nos parece al menos, porque el ambiente geográfico era y es totalmente impropicio. El elevado índice de pluviosidad, la escasez de puertos naturales que favoreciesen el tráfico marítimo, la gran ensenada geopolítica que configura la costa colombiana alejada de las rutas de navegación, el duro clima tropical, la barrera formidable y aislante de la cordillera que comienza a levantarse de la propia orilla del mar, fueron disuasivos poderosos no tan sólo para cualquier empresa marítima sino para el asentamiento mismo de una cultura costanera. Lejos pues, de una contradicción, se afirma una vez más el poder condicionante de la geografía sobre la conducta del hombre.

Al adentrarse en el panorama de la cordillera salta a la vista un fenómeno natural. Los tres ramales andinos que configuran nuestra accidentada orografía constituyen tres prolongados espinazos de cumbres sucesivas, comparativamente delgados en sus flancos si se tiene en cuenta su rápido desarrollo vertical y considerable longitud. Tan sólo en tres regiones naturales de la cordillera se exploya en sentido lateral, perdiendo en parte la característica de espina dorsal para adquirir apreciables dimensiones radiales: el macizo antioqueño central, la gran altiplanicie cundinamarqués — boyacense — santandereana, y el macizo de Los Pastos. Y de esta característica geográfica se desprende

de inmediato un juego de influencias cuyo examen proporciona, así sea éste tan superficial como lo permite el limitado alcance de estas reflexiones, apasionante motivo de enlace espiritual con las fuerzas invisibles pero ciertas que emanan de la tierra hasta hacer del hombre una escultura viviente de su buril gigantesco.

Santander y Antioquia ofrecieron al conquistador un tremendo panorama de dureza y adustez. Los pliegues de la montaña son allí como murallas sucesivas de una fortaleza colosal que parece no acabar nunca. Para aquellos iberos hechos a varios siglos de empecinado guerrear contra la morería, el reto incitaba a la lucha, no ya por el botín de las ricas ciudades meridionales de emires y califas, sino en pos del oro de filones y areniscas que sirvió de aliento a la leyenda de Eldorado. Domeñada la cordillera, España cobró forma en aldeas que parecen arrancadas del corazón de la propia península y trasplantó allí sus valores esenciales. La minería fué en una y otra de estas dos comarcas paralelas actividad fundamental, combinada con una agricultura de breña y de vertiente, de pedrusco y peñascal. La montaña con sus asperezas se cierne permanentemente sobre el hombre y comienza a labrar en él un espíritu, una contextura interior, una conducta. Lo hace duro como ella, empinado como sus cumbres, batallador como sus tempestades. El montañés antioqueño y el santandereano se identifican en múltiples aspectos de su personalidad. La cordillera preservó costumbres y plasmó una fuer-

te herencia de austeridad y de virtud consustancial a la vida frugal que imponía el ambiente. La pequeña aldea, perdida entre farallones, accesible tan sólo por tortuosos caminos de piedra, sirvió de asiento a una cultura que aproxima en rasgos comunes a los montañeses de toda la tierra. Episodios históricos confirman estas afinidades básicas, entre ellos la insurrección comunera que halló en Santander y Antioquia actuales, su más exacta y dramática expresión.

Significativamente, el altiplano andino y la zona montañosa donde se asienta, marca profundas diferencias, con la montaña ya descrita. Las tierras fértiles de los valles y sabanas prolongadas hacia el Magdalena por climas medios benignos y suelos de alta productividad, dieron lugar a una cultura predominantemente agraria de corte feudal, surgida de las encomiendas en que se parceló la tierra, y del mestizaje hispánico con el elemento aborigen. Podría deducirse entonces que las marcadas diferencias entre las características de los pobladores del altiplano y los de las montañas antioqueñas o santandereanas se fundamenta en el tipo humano original y nó en la influencia geográfica. Sin embargo, si se analiza con mayor cuidado el fenómeno, se halla cómo entre las comarcas sureñas de Santander y el norte boyacense no aparecen diferencias sustanciales en la tipología humana, sino cuando la tierra cambia radicalmente sus características, y del valle suave, del suelo arabe y productivo, se pasa a la roca, al pejugal, al farallón y al despeña-

dero. Allí el campesino se transforma en montañés. Adquiere de inmediato el reflejo interior de la naturaleza que lo rodea. Su rostro parece tallado con el mismo cincel con que se elaboran las pétreas entradas de sus templos, o los murallones que contienen sobre el abismo los caminos para que no se confundan con la torrencera que ruge en el fondo del paisaje lunar.

El inagotable bagaje de análisis que constituye nuestro ámbito telúrico halla en el macizo de Los Pastos otro origen asombroso de contrastes. Allí el Ande se explaya en sucesión maravillosa de formas como si la naturaleza se hubiese ocupado, larga y deleitosamente, en trazar bajo horizontes de azul traslúcido toda una gama de paisajes cambiantes en sus contornos, en su color de aguafuerte, en la majestad de sus cumbres y la profundidad de sus precipicios. El Guáitara, hendidura formidable, se infiltra a través de la montaña como verdadero milagro geológico, en juego de abismos y peñascales que cortan el aliento. La resultante diríase en veces tan insondable como la hondura en cuyo fondo brama el torrente. Apacible como las mesetas que recogen en las tardes los suaves tornasoles crepusculares. Laboriosa en el cultivo de parcelas que dibujan sobre laderas y declives un ajedrezado conjunto donde caben todos los verdes de la naturaleza. Con alma de artífice, el montañés narifienense vierte en su tallas de madera, en el labrado del cuero o en el granito laboriosamente cincelado de vetustos portalones la belleza de su propio paisaje. Contemplativo en su actitud

rompe los diques de su pasividad ancestral cuando algo provoca en su ánimo la reacción belicosa que parece dormir en la entraña de la raza, y se hace guerrero, con fiereza de montañas y apego irreductible a sus valores ancestrales. Aflora entonces una lealtad belicosa que llega fácilmente al sacrificio. La laboriosidad con que cultiva sus empinadas alturas se convierte en pertinacia inquebrantable. Paciente y tenaz en su maestría artesanal, no se doblega ni inclina en la lucha, lo que explica los perfiles heroicos del fenómeno realista durante la guerra de independencia.

Y así puede seguirse a través del vasto territorio de nuestro país, en profundización interminable, en torno a la formación del hombre. No acaba nunca este recorrer introspectivo en los agrupamientos humanos cuyas identidades morfológicas, con el ámbito comarcano que alberga sus vidas, adquieren afirmación incontrastable. Allí donde la masa andina se explaya en el inmenso mar de hierba que es nuestra gran llanura oriental, aparece un tipo humano de características especialísimas, forjadas bajo la vastedad del horizonte que parece engendrar sus tendencias básicas. Introverso como todo ser que permanece en contacto más estrecho y permanente con la naturaleza que con sus semejantes, el hombre del llano resulta indescifrable en su misma simplicidad. La infinitud de la sabana engendra conceptos de libertad que terminan por constituirse en razón central de la existencia. El ser soñador, profundamente individualista, adquiere

ante el peligro solidaridad inconsciente. Hay en él algo de guerrero en potencia. Cuando el cuerno de res agujereado que reemplaza el clarín lanza a los vientos su llamado profundo como mugido de toro cimarrón, monta su caballo, empuña el arma y se va en busca de la guerra.

Versión humana similar se encuentra en las llanuras cálidas que bordean el alto Magdalena. Seres elementales arraigados a su tierra y a sus hábitos impuestos por la circunstancia telúrica. Sufridos y pacientes, duros en el trabajo y en la lucha, varían sustancialmente de costumbres y maneras según su proximidad al río y la dependencia inmediata que de ello se deriva hacia el sistema de vida impuesto por la arteria vital.

Y así, la geografía íntegra de nuestro país va dibujando al hombre. Al guajiro silencioso de larga túnica que le protege contra el azote de la arena levantada por el viento. O el costeño de espíritu abierto como el mar, o el chocoano triste como la lluvia que golpea sin pausa su selva, y prolonga su melancolía hacia el sur, a lo largo del litoral, en profundo contraste con la vertiente opuesta de la cordillera que se asoma al risueño valle del Cauca o a la dura montaña antioqueña.

Con todo, existen poderosos denominadores comunes en el hombre colombiano, claramente perceptibles en medio del conjunto polifacético, denso en contrastes y profundas diferencias. La libertad como fuerza inmanente y como condición fuertemente compartida es quizá la más trascendental. Es la libertad de la alta montaña y de la

Llanura ilfmité, de los inmensos espacios y de los amplios horizontes. Libertad que hace del colombiano un ser altivo e indomeñable en medio de las más variadas circunstancias, y ha condicionado la vida política de la nación desde sus primeros orígenes. Emergió vibrante en el grito comunero, ahogado en sangre y cenizas. Se repitió tres décadas más tarde en la fugaz embriaguez de la Primera República. Alentó en las sabanas orientales, flotando en el desmelenado galopar de crines y de lanzas mientras los cadalsos silenciaban gargantas en la cordillera y el terror se adueñaba de la nación en ruinas. Ella, la libertad, ha acompañado nuestro devenir republicano y sigue siendo constante histórica de nuestra conducta, desbordando no pocas veces los cauces de la organización ciudadana y de la disciplina colectiva.

La sonoridad del vocablo, su profundo contenido pasional, hacen latir apresuradamente el corazón y circular la sangre en las arterias a golpes que semejan redobles de tambor impulsando a la carga. Muchas cosas podríamos decir en torno a los factores de identidad del hombre colombiano. Detengámonos hoy en éste, sólo y gigantesco, que da a Colombia características solitarias en el convulsionado marco del continente, y en él rindamos homenaje a esta hirsuta y bronca geografía de nuestra heredad sagrada, donde abrimos los ojos al alocado desconcierto de montaña y de océano, de llanura y de selva, de silencios y huracanes, y donde, desaparecida la luz de las pupilas, seguirá impreso en su quietud ese sello inconfundible y único que emerge de la mirada de un hombre libre.

